

# AVENTURAS DE MOCHILA

## Episodio 15

### *“Veneno Oscuro”*

#### *Prólogo*

Cuatro amigos estaban acurrucados en el rincón más lejano de la Biblioteca Pública. Sus miradas enojadas escondían el hecho de que realmente eran buenos amigos, unidos por un secreto compartido: una computadora de mochila que les permitía viajar a través del espacio y el tiempo.

Summer, una rubia pequeña que usaba una silla de ruedas, rompió el silencio. “En vez de discutir y gastar el tiempo, creo que debemos hacer la sugerencia de Connie y usar el BPC,” que era su apodo para la computadora de mochila “para ver de primera mano cuál tema será el más interesante para el proyecto del artículo del periódico. Podremos investigar la idea de Jace sobre la inmigración y la idea de K.T. sobre el “Ferrocarril Subterráneo.” A Connie y yo nos da igual qué idea escogemos, ¿verdad, Connie?”

“Sí, Summer. A mí me da igual. Solo que empecemos y terminemos este tonto proyecto de grupos a tiempo. Ya estamos dos días atrasados.” Connie estrechó sus largas piernas vestidas de jeans y le tocó a K.T. con la punta de sus chancas. K.T. se movió un poco en la dura silla de plástico y le miró con ceño a Connie.

“Dejamos que K.T. nos diga a qué año quiere ir,” sugirió Connie. Ella abrió su mochila y sacó un teclado pequeño y negro y empezó a teclear. “He puesto la ciudad de

Nueva York, como quiere Jace,” ella dijo con una mirada al único chico en el grupo.

“Ahora dime qué año, K.T.”

“1832, supongo,” murmuró K.T.

“Entonces 1832,” contestó Connie con una sonrisa falsa.

Ellos se agarraron de las manos y Connie pulsó una tecla y susurró “¡Vamos!”

Un hombre sentado a una mesa detrás de unos estantes vio un relámpago y miró por la ventana, esperando ver una tormenta. El cielo estaba azul y sin nubes.

\*\*\*\*\*

## LA CIUDAD DE NUEVA YORK, 1832

Sully cautelosamente puso la tabla de madera sobre la abertura a la base de la casa de vecindad de ladrillos. La oscuridad empezaba a ceder a un amanecer húmedo que significaba otro día de mucho calor en el verano de 1832. Él sabía que los esclavos fugitivos que él había escondido en el lugar más recóndito del edificio iban a sufrir mientras esperaban el anochecer, pero la madre joven con el bebé le aseguró que podían soportar el calor. Por cierto, habían sobrevivido tres meses en camino de Carolina del Sur a Nueva York durante todo tipo de tiempo. Sully casi no podía creer que una mujer de veinte años, apenas dos años mayor que él, podía haber viajado tanta distancia con un bebé. Sully los habría llevado a un lugar mejor para quedarse, pero su apartamento era la última “casa segura” en Five Points. Todos los otros refugios eran vigilados por el Ferret, o “el hurón,” el líder de una pandilla notoria y un cazador cruel de fugitivos.

Mientras Sully ponía una grande caja de madera enfrente de la tabla, un relámpago de varios colores iluminó el callejón estrecho. Sully se giró para ver quién le había visto. Pasó la mano por el borde de la caja de madera y un dolor fuerte le hizo gemir. Un clavo mohoso le cortó la palma izquierda, haciendo una herida grande en su piel endurecida por el trabajo.

“¿Quién es?” gritó, poniendo la mano derecha sobre la herida para parar el flujo de sangre.

Desaparecía la luz y Sully podía ver tres figuras más o menos de su estatura y una más baja, acurrucadas en la sombra del edificio de al lado.

Pandillas de criminales vagaban por las calles llenas de Nueva York, ansiosas para pelear, robar, o “hacer obedecer” por un patrón rico. Algunos servían a los dueños de las plantaciones del sur, quienes ofrecieron recompensas para esclavos huidos. ¿Había encontrado su entrada secreta la pandilla del Ferret?

Sully no quería pelear, pero lo haría para proteger su casa y a sus “invitados.” Como medía cinco pies y ocho pulgadas, y pesaba ciento cincuenta libras, no era un luchador irlandés gigante como los Plug Ugly, pero había ganado varias peleas.

Los cuatro se quedaron en las sombras y Sully dio un paso adelante, buscando algo para usar como arma. Vio una bacinica de metal, obviamente tirada de la planta cuarta y abandonada, y pensaba tirarla al cuarteto y correr a la calle. Le dolía la mano y tenía que mirar la herida en la luz del sol que venía del río del este hacia los barrios bajos del Sixth Ward. ¿Cómo habían venido hasta este punto en el callejón sin que él los oyera? ¿Cuánto tiempo hacía que le miraban? ¿Debería huir del callejón o quedarse para proteger la entrada escondida? El dolor de la incisión en la mano iba por el brazo y le

dolía la cabeza con cada pregunta. Sully podía sentir la luz del sol venir sobre los edificios, llevando calor y color al callejón.

Había llegado el día y en cualquier momento, las bacinicas irían a tirar sus contenidos desde las ventanas arriba de él.

Sully miraba los cuatro cuerpos acurrucados y podía oír voces suaves, susurrando. Lentamente, salieron dos figuras. Sully miró con asombro a dos chicas vestidas raramente.

Las dos llevaban pantalones azules y camisas de algodón que apenas les cubrían la panza, y no les cubrían por nada los brazos. No llevaban nada en la cabeza, y las dos llevaban zapatos que enseñaban los pies y los dedos de pies. Alguien debía de haberles robado la ropa, pensaba Sully, y les da pena ser vistas en su ropa interior.

La chica más alta tenía pelo largo que cubría toda la espalda como un abrigo de terciopelo. Llevaba una bolsa en el hombro y tenía la piel morena como la joven india Algonquin que Sully había visto en el concierto gratis en Castle Garden cuando tenía nueve años. La chica más baja era afro-americana como la mujer que acababa de esconder. Se veía el coraje en sus ojos oscuros. Se posaba defensivamente con una pierna enfrente de ella, apoyándose en la otra. Apretaba los puños y tenía una mano cerca de la oreja y la otra enfrente de ella. Los sentimientos defensivos de Sully se convirtieron en alivio cuando vio a la pareja y miró detrás de ellas para ver a sus compañeros.

Detrás de las chicas había algo más extraño: un chico asiático delgado y una chica pequeña con el pelo rubio y corto que se sentaba en una silla de Merlin. El chico tenía las manos como la chica afro-americana y Sully supuso que esto era una posición de

pelea. Parecían inofensivos, pero era mejor asegurarlo. Por cierto, no eran cazadores de fugitivos.

“¿Les puedo ayudar?”

Antes de que pudieran contestar, un chapoteo sonó en los ladrillos detrás de ellos y los cuatro gritaron. Una bacinica se había vaciado justo detrás de ellos. El excremento era obvio en la luz de la mañana y por el olor. Como no había alcantarillas, los callejones y las calles servían de los excusados de los edificios donde vivían centenares de personas.

Sully necesitaba un plan para sacar los intrusos del callejón y esconderlos en un lugar donde podía hacerles preguntas sin interrupción. Quizás eran fugitivos o inmigrantes como él, que habían tenido mala suerte. No te dejes ser engañado por estos desconocidos, le decía a sí mismo, aunque ellos se portan raros.

Si pudiera llevarlos por Pearl Street a Broadway, sabía que su amigo Liberius les ayudaría. Claro, Liberius era el que le salvó hace cinco años de la venganza de una pandilla. A la edad de diez años, cuando trabajaba como ayudante para varios servicios de bomberos por la comida y un lugar donde dormir, le alistó la pandilla los Dead Rabbits, o “los conejos muertos,” para ser mensajero para los dueños de las casas de vecindad. Tres años después, estaba harto de la vida de las pandillas y quería dejarla.

Liberius le había sacado literalmente de los muelles de New York’s Harbor y le había escondido en un barco que iba por el canal Erie hacia Canadá. Probablemente le había salvado la vida. Sully pasó los cinco años siguientes conduciendo los barcos de Liberius por el canal. Ahora, Liberius era uno de los esclavos liberados más ricos.

Liberius sabía qué hacer con estos recién llegados. No podían quedarse en la calle vestidos así. Sully les señaló seguirle.

“Sígueme rápidamente o estarán cubiertos por el excremento de la madrugada.”

“¡No vamos a ningún lado contigo!” dijo la chica afro-americana decisivamente.

“¡Sabemos cuidarnos sin ayuda!” añadió la chica alta. En la mano tenía un objeto negro y pequeño. ¿Era una arma? pensaba Sully. Parecía una grande caja de rapé.

“¿No vienen? Pues, pronto esperarán estar secos y a salvo. Solo les ofrecí la hospitalidad de la casa más fina en el Sixth Ward. No sobrevivirán un minuto solos en la calle así medio desnudos.”

Los jóvenes estuvieron sobrecogidos de pánico.

“¡Espera! ¡Vamos contigo!”

Sully se volteó la cabeza y vio que era la chica rubia que le había llamado. Rodó hacia él y los otros le siguieron. Nadie le empujaba y no rodaba la tercera rueda pequeña de la silla. La mayoría de la gente paralizada que usaba una silla de Merlin rodaba una tercera rueda pequeña para hacer rodar las dos ruedas grandes debajo de la silla. ¿Cómo se movía ella?

“¿Cómo...? No, no importa. Tendremos tiempo para preguntas cuando estén bien escondidos.” La naturaleza pragmática de Sully le dirigía.

“A ver...,” Sully pensaba en voz alta. “¿Cómo llevarlos unas cuadas sin que nadie les viera en la calle?” Vaciló. “Pues...”

“¡Lo sé! Le pediré prestado el carro de bomberos del capitán del servicio de bomberos al otro lado de la calle y pueden pasar en éste las pocas cuadas que necesitamos ir. Habrá menos preguntas si están fuera de la vista. Esperen aquí.”

Los cuatro obedientemente esperaron y él pensó en tan crédulos pudieran ser los niños. Él nunca se habría confiado en un desconocido tan rápidamente. Se paró a la

bomba de mano enfrente de su casa para lavar la sangre seca de la palma. La incisión era profunda. Sully rasgó un trozo de tela de la camisa, enojado porque era su única prenda buena. Le puso el trapo en la mano y lo ató como una venda. Ahora tendría una cicatriz en la palma para hacer juego con la que tenía en los nudos.

Tenía sed. Puso la cabeza debajo del corriente de agua. Aunque el agua estaba fría, olía mal. Sully decidió esperar y beber de la bomba de mano enfrente de la casa de su amigo. Quizás el agua era más fresca en Broadway. Sully no confiaba en el agua de Five Points. Había rumores que las pandillas echaban veneno al agua del Sixth Ward. Broadway estaba en la frontera del Sixth Ward y por eso había menos posibilidad de estropear las cosas de allí. Eso era lo que se decía por la calle.

Sully regresó con unos caballos grandes que tiraban una carreta con escaleras de mano y mangas. Sin decir ni una palabra, levantó a la pequeña chica rubia de su silla y le puso cuidadosamente entre los rollos de la manga. Ella tenía una sonrisa tímida, pero había una chispa en los ojos. Aunque era tan leve como una pluma, Sully podía sentir la fuerza de los músculos de sus brazos cuando ella las puso alrededor de su cuello.

“Disculpe, señorita, por tener que cubrirle con la manta del caballo, pero es para su seguridad.”

“Entiendo,” contestó mientras se movía debajo de la tela áspera y roja. Le siguieron los otros, escondiéndose debajo de las escaleras y mangas y Sully puso la silla que era más leve que esperaba, entre ellos.

Sully silbó y los masivos caballos Percheron galopearon por la empedrada Pearl Street hasta Broadway y la casa del amigo de Sully, un esclavo liberado que se llamaba Liborius Chapman.

\*\*\*\*\*

Como Sully esperaba, Liberius invitó a los cuatro jóvenes a su casa inmediatamente. Liberius les dio capas a las tres chicas y se encerró a todos en un cuarto seguro en la parte de arriba de su casa de madera de dos pisos y medio. Aquí, podían observar la ciudad sin ser vistos.

Su amable huésped les ofreció un fino té inglés en tazas de cerámica Adams con galletas y mermelada. Liberius solo tenía veinticinco años, pero ya había ganado una fortuna como comerciante con un buen sentido de negocios.

Sully miraba a las caras de los jóvenes mientras se presentaron. La rubia con la sonrisa brillante tenía un nombre apropiado, pensaba Sully, “Summer” o “verano.” La guerrera valiente era K.T. y su amiga alta era Consuela, pero le llamaban Connie. Jace era el chico atlético que Sully notaba que protegía a Summer. Jace no había dejado su lado desde que Sully le había levantado de la carreta a su silla.

Sully escuchaba mientras su amigo, Liberius, empezó a hacerles preguntas a los cuatro desconocidos.

“Díganme, ahora que están cómodos y libres para hablar, como llegaron a Five Points en tal estado de desorden.” El lenguaje y las costumbres de cuáqueros que tenía Liberius parecían apropiados para su estatura alta y oscura y su cara calma, pero él hablaba como un hombre de cincuenta años, no de veinticinco.



“Señor, estamos vestidos de la manera que *siempre* nos vestimos,” contestó K.T. sin intentar esconder su exasperación. “Pero si usted quiere que llevemos estas capas, lo hacemos. Solo necesitamos información para un reporte que...”

Summer interrumpió a K.T. “Somos estudiantes y tenemos una tarea. Tenemos que investigar la inmigración o el “Ferrocarril Subterráneo” y escribir un artículo del periódico sobre el tema.” K.T. y Jace empezaron a discutir.

No se podía entender a ninguno mientras los dos hablaban a la vez. Summer rodó la silla para ponerse en medio de sus dos amigos.

Summer les miró a K.T. y a Jace. Ellos se cerraron las bocas y se miraron el uno al otro furiosamente. “*Debemos* trabajar en grupo.” Ella les miró a K.T. y a Jace, “pero seguimos discutiendo sobre qué tema sería mejor para el artículo.”

Ambos Jace y K.T. empezaron a protestar, pero se callaron cuando Summer les miró con ceño severamente. Continuó, “Entonces, Connie sugirió que observáramos la evidencia de los dos temas en la ciudad de Nueva York. Estamos en Nueva York, ¿no?”

Sully le miró a Liberius, pero él se quedó callado. La respuesta de Summer alarmó a Sully. ¿Qué tipo de escuela dejaría que los chicos y las chicas trabajaran en grupo, o aun estudiaran la misma materia?

“Estamos en Manhattan, la punta más al sur de la isla que se llama Nueva York. Hay cuatro distritos más que nos rodean. Nueva York es una ciudad inmensa de más de 180,000 personas, y muchas son inmigrantes o de la primera generación de americanos, como Sully,” Liberius hablaba en voz baja.

“Todos tenemos antepasados inmigrantes,” añadió Summer.

“Sí, pero no todos vinieron voluntariamente a esta gran nación. Yo nací esclavo en una plantación azucarera cerca de Nueva Orleans. Durante la guerra de 1812, me quedé huérfano, y mis dueños estaban en bancarrota. Una pareja cuáquera sin hijos me encontró y me compró para darme la libertad. Nos mudamos a Philadelphia donde me aceptaron,” él se pausó, “más o menos.”

Liberius tomó un sorbo de té. “Cuando tenía quince años convencí a mis padres adoptados que me dejaran ser aprendiz en los barcos que pasaban por los canales nuevos de Nueva York. Cuando tenía dieciocho años, era capitán de uno de los primeros barcos en el canal Erie. A la edad de veinte años, fundé mi propia compañía de transporte.”

En las caras de K.T., Connie, Jace, y Summer, Sully podía ver la misma expresión de incredulidad y admiración que tenía él la primera vez que oyó la historia de Liberius.

“Los cinco años pasados me han dejado aumentar mi prosperidad y compartirla con otros. Creo que todo el mundo debe tener la libertad para hacer lo que quiera en la vida en América. Ahora, ¿qué es este ferrocarril debajo de la tierra que han mencionado?”

Sully miraba a las caras de los cuatro amigos. Sabía que Liberius estaba engañando a los intrusos para que divulgaran lo que sabían. Había visto a Liberius “hacer el tonto” para aprender de los obstáculos posibles antes de llevar a esclavos fugitivos a Canadá. Hacía cinco años que era parte de la red de “casas seguras” en Nueva York. No había perdido ni a un “peregrino.”

“Se llama el ‘Ferrocarril Subterráneo’,” dijo Jace. “Al principio, pensaba que quería decir las vías subterráneas que están construidas debajo de la ciudad de Nueva York. Ya sabes, el metro.”

“Pero le conté lo de Harriet Tubman y como una red de “casas seguras” ayudó a los esclavos fugitivos conseguir su libertad,” añadió K.T.

“¿Sub-qué? ¿Harriet quién?” interrumpió Sully con una mirada perplejada. Empezaba a pensar que les mandarían a estos cuatro a la isla de Blackwell si siguieran hablando así como locos. “¿Qué tipo de idiota pondría un locomotor de vapor debajo de la tierra?”

Liberius se rió a carcajadas. “¡Ferrocarriles debajo de las calles! Intentamos convencer a los oficiales de la ciudad construir alcantarillas y darnos agua limpia, no la suciedad del pantano que estaba aquí antes de fundar la ciudad. Lo único que aprueban son más casas de vecindad de ladrillos de cinco o seis pisos donde los dueños avaros pueden meter tantos inmigrantes pobres que quepan desde el momento que se desembarquen en Whitehall Slip.” Liberius hablaba en una voz más y más alta. Respiró profundamente y le miró a Sully. “Allí es donde conocí a Sully, allí en los muelles, robando a los inmigrantes inocentes como alguien le había robado a sus propios padres.”

Sully se puso colorado cuando todos le miraron.

“Ya me quedaban pocos días como mensajero de los jefes de las pandillas, Liberius, porque no soportaba robar a los pobres de lo poco que tenían. Si no hubieras encontrado a este irlandés testarudo, me habría matado un miembro de las pandillas.”

“Pero aquí estás, mi buen amigo, con cuatro estudiantes destitutos que pensabas que habían sido robados de ropa que *ellos* dicen que no llevaban. Dime, ¿qué piensas del cuento de los escolares?”

“Creo que es una coincidencia rara que llegaron a mi callejón, que solo *aparecieron* realmente—de todos los días, hoy—y dicen que quieren aprender de un ferrocarril debajo de la tierra.”

“De hecho, *yo* escogí el año 1832 por la New England Anti-Slavery Association, o la asociación contra la esclavitud de Nueva Inglaterra,” dijo Connie.

Sully se puso de pie de repente. “¿Quiénes son? ¿Quién les paga por espiar?” El miedo que había sentido cuando se había dado cuenta de que no estaba a solas en el callejón regresó. “¡No debía haber dejado el callejón sin protección! ¿Cómo podía ser tan estúpido que confiaba en estos traidores jóvenes?” Sully se regañó a sí mismo en voz alta.

“Cálmate, Sully. No creo que estos niños nos hayan dicho toda la verdad, pero dudo que sean espías.” Liberius se volteó para ver a los cuatro jóvenes que se habían acurrucados después de la exclamación de Sully. “¿Tengo razón?”

“Sí, tiene razón, Sr. Chapman,” contestó Summer. Sully podía ver que ella suavemente agarraba a los brazos de Jace y K.T., un amigo estaba en cada lado, con Connie detrás de ella. “Es hora de dar repuestas honestas.”

Los ojos azules de Summer miraron a la mirada negra y fuerte de Liberius sin vacilar. Sully pensaba que si ella estaba mintiendo, no intentaba hacer daño.

“Simplemente queremos saber del ‘Ferrocarril Subterráneo.’ Sabemos que el movimiento de la abolición está creciendo y queremos apoyar el movimiento en el periódico de nuestra escuela. Nada más. Nunca querríamos poner las vidas de otros en peligro, si eso es lo que les da miedo.”

Summer continuó, “Si aprendemos algo de la inmigración también, eso será estupendo. Ése era el tema preferido de Jace para el artículo del periódico. Él emigró de China hace unos años.”

“Sí, siempre he querido ver la Estatua de la Libertad,” dijo Jace, acercando la ventana. “¿La puedes ver desde aquí?”

“No encontrará estatuas en la casa de un cuáquero,” contestó Liberius. “Eso sería idolatría.”

“Lo siento Jace, eso es en el año 1885,” dijo Summer con una risa. Ella se dio cuenta de la mirada perpleja de Sully y añadió “Es un juego que nos gusta jugar. Se llama ‘¿Qué ocurrirá en el futuro?’ Como la idea del metro. Pensamos que sería buena idea saludar a los inmigrantes con una estatua de bienvenida que simboliza la libertad.”

“Sí, es buena idea, pero los barcos se paran en muchos lugares distintos: Fulton Slip cerca del mercado de pescado, Whitehall, James, Coffeehouse, Castle. Hay mucha gente que piensa que tenemos los inmigrantes suficientes. No hay que animar a más a venir.”

“Hay maneras más prácticas de dar la bienvenida a los inmigrantes,” interrumpió Liberius. “Por ejemplo, con casas mejores y comida.” Liberius miró la hora en un reloj simple de oro y lo devolvió al bolsillo de su chaleco. “Pero eso es un problema diferente. Sería irónico usar ‘libertad’ como lema antes de que todos estén realmente libres.”

Liberius se puso de pie. “Necesito salir para Boston ahora, pero pueden quedarse si quieren. Sully, sé que te vas en el barco de la tarde. Si tienes confianza en estos pilluelos de la calle, quizás puedes darles una lección.”

Sully asintió.

“Podían ver la ciudad y conocer a inmigrantes y a emigrantes también, para su trabajo escrito,” dijo Liberius con una sonrisa.

“Sí, puedo hacer eso,” contestó Sully con un guiño. Él se giró para mirar a los cuatro jóvenes. “Tendrán calor con estas capas afuera, pero es mejor que tener el nombre de la ‘Pandilla de las Prendas Raras.’ Pueden quitarse las capas después del anochecer. Y para no preocuparme de nada, llevo esa bolsa tuya,” Sully le miró a Connie y extendió la mano izquierda.

“¿Qué le pasó a la mano?” preguntó Liberius.

“Solo es una herida pequeña.”

“Mantenla cubierta,” avisó Liberius, preocupado. “La semana pasada en Boston había rumores de un miasma nuevo y no quiero que mi mejor amigo sucumba a los venenos del aire.”

“Vaya con Dios, Liberius,” dijo Sully mientras le estiraba la mano.

“Que su viaje a Buffalo sea corto y seguro. Dígales a los peregrinos que tengan esperanza para el futuro.” Liberius le miró a Summer y dijo con una sonrisa, “Tenemos nuestros propios juegos también.” Se inclinó un poco y salió del cuarto.

Sully le miró a Connie. “La bolsa, ahora, Señorita Connie, y esta caja pequeña que tienes en la mano también. No quiero que faltes la visita guiada que le dará la información que necesitan para su tarea para su maestro de escuela.”

Connie le miró a Summer para su consentimiento y renuientemente le dio la mochila y el teclado. Sully examinó la mochila y no podía encontrar ninguna abertura, solo una tira delgada de metal rota.

“¿Cómo abres esta cosa endemonionada?” murmuró. Sully puso la caja negra y pequeña con botones con números y letras en el bolsillo y puso la bolsa en el hombro izquierdo. Un dolor palpitante corrió desde la mano al codo y él retrocedió. “No se preocupe. Le devolveré sus efectos personales cuando nos despidamos.”

“Manténganse cerca ahora. Visitaremos el nuevo mercado de pescado en la calle Fulton primero y traeremos el almuerzo a unos nuevos amigos míos en Pearl y Cross. Manténgase cerca, Señorita Summer, con esta silla mágica, o los ladrones de la calle se la llevarán.”

“Estaré justo detrás de ella con K.T. y Connie en ambos lados,” contestó Jace.

“Muy bien, Señor Jace. Cuidado por los baches y pasen por el medio de la calle. Hay menos desechos allí.” Sully les guió de la santuaría silenciosa de la casa Chapman a la prisa calurosa del mediodía de Broadway y Pearl.

\*\*\*\*\*

Los pupilos jóvenes de Sully se quitaron las capas pesadas el momento que entraron en su habitación en el sótano de una casa de vecindad. La corrida loca por las calles llenas al mercado de pescado y a los muelles les quitó toda la energía. Connie había vomitado cuando entró en el edificio, y Summer tenía que explicarle a Sully que no estaban acostumbrados a los olores fuertes que venían de los pasillos sin ventilación. Sully se encogió de hombros porque los olores del pescado cocinando y cuerpos sin bañarse, escupideras sucias y botellas de ginebra vacías, basura pudriendo y excremento humano eran inevitables en las casas de vecindad de ladrillos pobladas en exceso que

llenaban cuerdas y cuerdas de esta parte de Manhattan. Ésta era una buena “casa segura” porque la policía nunca se encontraría aquí. Preferían evitar los olores y la suciedad del barrio más pobre.

Sully tocó suavemente la pared falsa que había construido al fondo de su apartamento. Un gemido bajo le contestó y Sully rápidamente quitó las tablas que escondieron la celda pequeña que escondía a la madre y a su bebé. Él encendió una vela que hacía mucho humo en el aire estancado. La madre joven sostuvo el bebé fuertemente a su pecho e intentó ponerse de pie, pero tenía calambres de las piernas por estar sentada tanto tiempo. Se caían lágrimas de los ojos, y Jace ayudó a Sully levantarla.

“O, Señor Sully, el pequeño Josiah está enfermo. ¡Está muy mal, muy mal!”

Al ver la mujer lastimosa y su hijo inerte, Summer se cubrió la boca para suprimir un grito. K.T. recogió todas las capas para hacer una cama para que la mujer se acostara mientras Connie intentaba controlar su náusea y encontró un periódico viejo para usar como abánico.

Mientras Connie hacía una brisa suave con el periódico, el olor inequívoco de la diarrea llenó el espacio. Sully se frunció el ceño de preocupación.

La ropa del bebé estaba empapada. Sus ojos estaban hundidos y cerrados, su piel, el color de las cenizas. Sully sabía que ya era demasiado tarde para el niño y una mezcla de enojo, desilusión, y fracaso llenó sus pensamientos. Había visto la muerte en las calles. Había visto a sus padres morir de tuberculosis. Pero él había acuñado a ese bebé solo unas horas antes. El niño había sido delgado pero fuerte, había estado alerta y contento, y tan sano como Sully. Sully respiró profundamente y se preparó para hacer lo que tenía que hacer.



“Leviah, dime qué pasó,” Sully habló tranquilamente, intentando parecer tan calmo y autoritativo como Liberius.

“Señor Sully, estábamos bien. Teníamos un poco de calor y estábamos un poco apretados, pero estábamos bien. Dormimos un poco y me desperté cuando Josiah empezó a llorar un poco y sacar la lengua como hace cuando tiene sed. Bueno. Bebió toda el agua que tenía en mi cántaro de cabritilla. Seguía llorando y poniéndose las piernas para arriba como si le doliera el estómago.... Pensaba que seguramente alguien le oiría llorar.” Leviah lloró y gimió un poco. “Puse el pequeño Josiah en el suelo y quité las tablas. Tenía que encontrar más agua.” Ella respiró profundamente y habló con dificultad.

“Asomé por la puerta y había una cubeta de agua al lado de la escalera. Entonces me fui a hurtadillas al pasillo y llené el cántaro de agua y se lo traje, pero no se despertó para beberla.” Lloraba más fuerte ahora.

Sully se volteó a mirar a los cuatro jóvenes. K.T. y Connie estaban llorando silenciosamente, abrazándose la una a la otra. Summer tenía las manos plegadas, rezando. Jace miraba el suelo de tierra del sótano. Nadie dijo nada. Sully dudaba que Leviah supiera que estaban allí.

Leviah le miró a Sully y lloró. “Señor Sully, viste al pequeño Josiah esta mañana. No tenía nada malo ese niño, no tenía nada. Hemos viajado tres meses bajo la luna y las estrellas, por los ríos y las calles, por bosques llenos de animales salvajes. Mi bebé es fuerte. Estará bien. Estará libre después de que lleguemos a Canadá. ¿Verdad?”

Sully suavemente le puso la mano en el hombro de Leviah. “Déjame sostenerle, Leviah, déjame ver lo que podemos hacer...”

Leviah agarró el cuerpo del niño más fuertemente a su pecho. “No se fue, no se fue. Ha tenido espasmos frecuentemente. Así que sé que no se fue ya.” Leviah empezó a mecer su cuerpo, moviendo la cabeza de la izquierda a la derecha.

“Leviah...,” Sully no sabía sacar el niño de los brazos de su madre histérica.

De repente, alguien tocó la puerta de madera. Todos saltaron sorprendidos, pero permanecieron callados. Alguien tocó la puerta otra vez, pero esta vez habló también.

“Sully—soy Ryan Kilpatrick. Tengo que hablar contigo sobre los peregrinos.”

Sully abrió la puerta y dejó entrar a un chico delgado de unos nueve años con el pelo más rojo que Sully había visto. Era un mensajero de Liberius, un huérfano que él rescató de la calle y le dio la comida, un lugar donde dormir, y una educación en cambio de un trabajo.

“¿Qué pasa, Ryan?”

“Liberius dice que subas el próximo barco que salga a Buffalo. Piensa en una manera de llevar a los peregrinos a los muelles de Hudson por el día. Él ha oído que van a poner en cuarentena todos los canales desde aquí hasta Buffalo. Están hablando de cerrar la frontera también.”

“¿Ha dicho por qué?” preguntó Sully, susurrando. No quería darles miedo a los demás sin una buena razón.

Ryan le miró con los ojos verdes y honestos que no podían esconder su miedo. “Algo de un veneno,” susurró. “Lo llamé ‘mi asma’ creo.”

“Regresa a tu casa. Has hecho bien, Ryan.”

Sully se volteó a mirar a los ocupantes de su hogar pequeño. Connie había abierto su mochila y buscaba algo frenéticamente. Él encontró la caja pequeña y negra en su bolsillo y se la tiró a K.T.

“¿Es eso lo que está buscando?” la mirada de Sully estaba hosca. “Es hora de despedirnos. Espero que hayan aprendido lo suficiente para escribir los artículos para su periódico pero la lección se ha acabado. La Escuela del Mundo de Sully ha cerrado hoy por circunstancias fuera de su control.”

“Quizás te podemos ayudar,” empezó K.T.

“No lo creo,” contestó Sully rápidamente. “No pueden ser parte del trabajo que tengo que hacer ahora.” Él le miró a Leviah y la tomó firmamente por el hombro, levántandola de las capas. Cautelosamente, le quitó el cuerpo frío de su niño. Aun ahora podía sentir un espasmo leve en los brazos pequeños. Leviah estaba como un zombi, viva, pero sin sentir nada. Estaba de pie, tambaleando un poco cuando Sully se alejó de su lado.

K.T. le dio una capa y él envolvió el cuerpo del bebé en la tela oscura. Puso el cuerpo detrás de la pared falsa y puso las tablas enfrente de la abertura. Le enterraría cuando regresó de Buffalo e intentó no pensar en las ratas y los insectos que vivían en el edificio. Leviah era joven y podía tener más hijos, hijos libres, con su esposo que le esperaba en Canadá. La mayoría de las mujeres que conocía habían enterrado por lo menos a un bebé. Pero las emociones le atormentaban la mente e intentó no llorar mientras puso la última tabla en su lugar. Expresamente dejó la bolsa de Leviah y el cántaro de agua allí en la celda.

Connie y Jace silenciosamente ayudaron a Sully ponerle la segunda capa a Leviah, que apenas podía quedarse a pie. A Sully le dolía la mano mientras se ponía la tercera capa. Tendría que cambiar la venda pronto. Podía ver la sangre empapando la venda.

“Sully, si te pudiéramos ayudar,” empezó Summer, “¿Tendrías confianza en nosotros?”

“Bueno, creo...creo que no,” dijo Sully honestamente.

“Pero si pudiéramos...” Summer decía, pero Connie le tocó el hombro como decirle que lo dejara. Summer suspiró profundamente.

“Mucha suerte si se quedan en la calle. Les aviso que esperen hasta el anochecer y entonces que se vayan rápidamente.” Sully se dio cuenta de que no sabía adónde iban.

“Sully, encontraremos bien el camino,” dijo Summer, en voz baja. “¡Vaya con Dios!”

Sully inclinó la cabeza a Summer y se volteó sin una palabra a guiar a Leviah por la tarde de sol.

Cuando llegaron a la escalera, Sully recordó de la vela. ¿Recordarán apagarla los jóvenes? No podía arriesgarlo. Había visto la destrucción de los fuegos en las casas de vecindad y conocía a gente que había muerto por la negligencia de otros. Debía recordarles de apagarla.

Precisamente cuando Sully abrió la puerta, una luz brillante iluminó todo el cuarto. Los cuatro escolares raros habían desaparecido. Sully parpadeó y se frotó los ojos. Con prisa revisó la entrada secreta al callejón. La tabla pesada estaba todavía en su lugar. Echó una mirada a la pared falsa donde descansaba el pobre niño muerto.

Todo estaba en su lugar. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad del cuarto, vio una línea delgada de humo flotando de la vela, la llama apagada. Salió del cuarto y lentamente cerró la puerta.

\* \* \* \* \*

### *Epílogo*

Cuatro estudiantes jóvenes trabajaban diligentemente en las computadoras de la Biblioteca Pública. Uno, un chico asiático que se llamaba Jace, investigaba la inmigración en la ciudad de Nueva York durante el siglo XIX. Otra, K.T., una chica afro-americana, descargaba artículos sobre el “Ferrocarril Subterráneo.” Una tercera, Connie, una chica latina a la que le gustaban las matemáticas y las ciencias, buscaba planos del canal Erie que iba de Nueva York a Canadá.

La cuarta, una rubia que se llamaba Summer, estaba sentada en una silla de ruedas. Acababa de encontrar una copia de un periódico de Manhattan del año 1872 en los archivos de la página web de la biblioteca de la ciudad de Nueva York. Miraba las palabras desteñidas hasta encontrar un artículo que le hizo jadear.

Los otros miraron a su amiga.

“¿Qué pasa?” preguntaron todos a la vez.

“¡Escuchen el título de este artículo! ‘Filántropo de la ciudad de Nueva York, Sullivan, dedica un monumento a los hijos de los inmigrantes y a los esclavos fugitivos’ ¿Podría ser nuestro amigo Sully?” Summer se preguntó en voz alta.

“Parece que ganó una fortuna tan grande como Liberius,” sugirió K.T.

“Sí, supongo que nunca olvidó de su pasado después de ser rico,” dijo Jace.

“Pensaba en todo el mundo, seguramente,” añadió Connie.

Summer leyó el artículo. “Dice que nunca se olvidó de nadie. Aun nos menciona.”

“¿¡Qué¡?” gritaron los demás, olvidando de que estaban en una biblioteca.

Summer se rió de carcajadas. “¡Chussss! ¡Fue una broma!”